

EL MISTERIO DE LO SAGRADO: EL SILENCIO¹

Angel Alonso-Salas*

Ante lo que no se puede hablar, debido es mantener silencio.
Ludwig Wittgenstein²

Resumen

Ludwig Wittgenstein en la séptima proposición del *Tractatus Logico-Philosophicus* sugiere el silencio. El propósito de este escrito es explicar la significación de dicha noción a partir de la reflexión sobre el misterio de lo sagrado, apoyándonos en la argumentación de Arthur Schopenhauer y Rabindranath Tagore, respecto al silencio y lo sagrado confrontándolos con una experiencia personal al visitar el Santuario de Merixtell.

Palabras clave: Silencio, vida, misterio, música, sagrado, naturaleza, diánoia.

¹ Una versión preliminar de este texto se encontraba en el sitio web (hoy en día extinto) www.paradojas.com.mx

* Ángel Alonso Salas, es profesor Titular C de Tiempo Completo en CCH Azcapotzalco, UNAM. Tiene los grados de licenciatura en Filosofía por la UAM Iztapalapa; maestría y doctorado en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y doctorado en Ciencias (Bioética) por la Facultad de Medicina, UNAM. Investigador nivel I del SNI, CONAHACYT. Fue secretario del Programa Universitario de Bioética de la UNAM de 2019 a 2022. Correo electrónico: angel.alonso@cch.unam.mx

² “What we can not speak about we must pass over in silence”. L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*. (Translated by B.A. Pears and Bryan Mc Guinness. 2a. reimp., London: Routledge & Kegan, 2002), § 7. 89

THE MYSTERY OF THE SACRED: SILENCE

Abstract

Ludwig Wittgenstein in the seventh proposition of *Tractatus Logico-Philosophicus* suggest the silence. The purpose of this paper is to describe the meaning of this notion from the reflection on the mystery of the sacred, based on the argument of Arthur Schopenhauer and Rabindranath Tagore, regarding the silence and the sacred with a personal experience when visiting the Merixtell Sanctuary.

Key words: Silence, life, mystery, music, sacred, nature, dianoia.

Ludwig Wittgenstein finaliza el *Tractatus Logico-Philosophicus* sugiriendo el silencio ante temáticas como la estética, la ética y lo sagrado. ¿Cuál es la significación y el alcance que tiene dicha proposición? En el presente escrito, se abordará la significación que a mi juicio tiene el silencio: el develamiento del misterio de lo sagrado, motivo por el que haré referencia a una experiencia personal al visitar el santuario de Merixtell y la lectura que he hecho de los siguientes autores: Schopenhauer, Wittgenstein y Tagore.

Uno podría preguntarse, ¿qué misterios están ocultos detrás de un Santuario como el de la Virgen de Merixtell, la Basílica de Guadalupe, Notredame, la Basílica de San Pedro o Nuestra Señora de la Almudena? ¿Qué poder de atracción, interiorización y reflexión produce un oratorio o unos minutos delante de alguna imagen religiosa? Básicamente creo que es la necesidad del silencio, es decir, la vivencia del misterio de lo sagrado.

Entrar al Santuario de Merixtell en Andorra es una especie de iniciación. Uno tiene que caminar unos cuantos metros por una ladera de los montes Pirineos. El paisaje es majestuoso. La vista de árboles, montañas, nubes,

sombras y colores hacen que el individuo se sienta insignificante ante la Naturaleza en dos sentidos, por una parte, si dirige su mirada hacia abajo verá la ciudad, carreteras y valles muy pequeños, por lo que uno podría creerse o sentirse superior por estar encima de... Pero, si uno dirige su mirada hacia arriba, verá los Pirineos, el Santuario y se percatará de lo insignificante y sustituible que puede ser la vida del ser humano, lo efímero y finito que somos ante la Naturaleza, esa categoría kantiana sobre lo sublime matemático que se predica en el aula pero que cuando se tiene la vivencia uno queda sin palabras, anonadado. Al llegar al Santuario, la música religiosa suena por todo el conjunto arquitectónico, a veces, grupos de turistas, personas o familias interrumpen en el interior y con el ruido de murmullos, rezos, cámaras fotográficas y exclamaciones, se pierde la atmósfera que envuelve dicho Santuario. Pero allí está... Una pequeña imagen de la “patrona del Santuario”.

Uno se encuentra en algún momento en completa soledad con Merixtell, una imagen que desapareció en 1972 (la imagen actual es una reproducción de la original). En lo que sería el Retablo, aparece la imagen, su brazo derecho es sujetado –o sostiene– un listón de colores azul, amarillo y rojo (colores de la actual bandera de Andorra), del que pende un medallón plateado. La imagen se encuentra sobre el Sagrario y está en medio de seis columnas (divididas de tres en tres) que tienen pinos. Como la mayoría de las imágenes, Merixtell está rodeada de flores, velas y cirios, ¿Qué hace a esta advocación de la Virgen María tan especial? Más allá de que evidentemente se ha constituido en uno de los símbolos de la unidad de un pueblo (de allí proviene el sentido del listón, colores de la bandera del Principado de Andorra), hace referencia a un fuerte arquetipo simbólico: la Madre Tierra. Simbólica y arquetípicamente hablando, Merixtell puede ser la Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de Fátima, la Virgen de Macarena, Coatlicue o cualquier otra advocación religiosa de la madre de Dios y de los Hombres. Dicho arquetipo apela al inconsciente colectivo del reconocimiento de que somos una misma cosa, que *per-tenecemos a la humanidad y no somos nada* ante el misterio de la Naturaleza. Sin embargo, considero que detrás de la contemplación de una imagen como

Merixtell, se devela un misterio, una necesidad del ser humano, el acercarse a lo sagrado.

No me refiero a lo sagrado como una práctica religiosa que pone su fe en una imagen u objeto, sino a develar lo misterioso y significativo que puede ser una cosa tan cotidiana e insignificante como el silencio. Ciertamente, acceder a ese ámbito de lo sagrado, al silencio, produce angustia y miedo. Ese miedo y/o angustia que me lleva a hablar por teléfono, a escuchar música, a dialogar con alguien, encender la PC, PS4, Netflix o la TV. A muchos seres humanos les aterra la soledad, el silencio (o quedarse sin datos, sin internet, sin usar su móvil).

En nuestros tiempos, cuando uno está en silencio, pareciera que hace falta algo. Y sucede, lo que afirma Rabindranath Tagore “el hombre entra en la multitud por ahogar el clamor de su propio silencio”³. Pero, ¿necesariamente es así? No lo creo, detrás de ese miedo, hay un desconocimiento de sí mismo. El silencio me lleva a encontrarme conmigo mismo, a una auténtica *dianoia*. Y ese silencio, puede (o debería) trasladarse a una ascesis, a una serie de prácticas cotidianas. El lenguaje que no es capaz de abarcar y expresar todos nuestros pensamientos y sentimientos, ya que, en muchas ocasiones, el dar un abrazo, comer con alguien disfrutando de su compañía, el dar un beso o una caricia a la persona amada, contemplar la Naturaleza –quedándonos anonadados ante su grandeza– o escuchar el latido de nuestro corazón, nos confronta con el misterio de nuestro ser, con uno mismo. Muchas veces la música permite llevar al individuo con el Todo, a fundirse con la Voluntad y romper con su individualidad.

Hablaré ahora, de dos formas distintas o posibilidades de acceder a ese misterio de lo sagrado, a una auténtica interiorización, que se produce con el silencio, a saber: por una parte, la música religiosa o clásica, y, por otra parte, los sonidos de la Naturaleza. Considero que la música es un medio que nos lleva a percatarnos del silencio, a confrontarnos con lo que hemos designado “divinidad” o bien, con nosotros mismos. No en balde, Tagore exclama:

³ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 110. 26.

“¡Dime dónde está el nido de tu silencio, que quiero llenar de canciones mi corazón!”⁴.

1) Música religiosa o clásica

No hay mejor medio para acceder al silencio interior, en un concierto o en una iglesia, que la música. Pondré un ejemplo. Me encuentro en el Santuario de Merixtell. Desde hace rato, el *Himno a la alegría* está sonando. Previamente escuché cantos gregorianos y el *Ave María*. ¿Qué efecto produce esta música en el feligrés, el visitante o el turista? A aquellos que están contemplando una imagen religiosa o la están proyectando en su mente, las notas irán relajando paulatinamente “su espíritu”. La repetición de una serie de estrofas, versículos o frases funcionan como una especie de mantra que lenta y profundamente se van interiorizando.

La música se apodera del interior del sujeto. Es sabido que, entrar a una iglesia es una iniciación. Se procura el silencio por respeto a los que rezan o para que uno mismo pueda dialogar consigo mismo o que dialogue con alguna divinidad. Probablemente, muchos asisten a la iglesia para depositar allí sus problemáticas, en el momento en que hablen con Dios –sea por repetición de rezos, contemplación o charla de amigo a amigo, uno llega a tranquilizar y a silenciar su interior–. La música es un medio magnífico para contagiar paz, sosiego y una precipitación de emociones y sentimientos. Considero que la imagen que transmite lo anteriormente dicho es la contemplación de una serie de velas y cirios que están ante una imagen. De igual manera que hay algunas que arden intensamente, hay otras que se mueven de derecha a izquierda, de arriba hacia abajo. Algunas pierden su luz, otras son muy cortas, algunas se han consumido completamente y otras acaban de ser depositadas. La contemplación de unas velas encendidas es un símil de la humanidad. Todas están unidas bajo un fin común –el problema es que el ser humano, al igual que el cirio, desconoce el motivo por el que fue encendido su pabilo, es decir, porqué

⁴ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 285. 51.

está vivo—. Hay velas y luces multicolores, de diversos aromas y muy lujosas, presuntuosas, normales y sencillas. Todas arden y cumplen un periodo. Son finitas y sustituibles, se apaga (consume) una e inmediatamente se enciende otra. Algunas desprenden humo negro, otras simplemente alumbran. Pero todas ellas, arden y se mueven a diferentes tiempos, al igual que las notas de una partitura. En conjunto, todas tienen un porqué, sean bajos, bemoles o silencios. La música que acompaña al feligrés —sean coros en una misa o música que escuche al interior de una iglesia— son un medio perfecto para encontrarse con uno mismo, para interiorizar, poner un *leit motiv* a su existencia —o andar en su búsqueda— para acceder al silencio, que les permitirá adentrar en su ser.

¿Cuál es el problema? La mayoría de la gente cree que cuando uno se desahoga y cuenta todas sus problemáticas —a Dios, a su diario de vida, al confidente, terapeuta, etcétera— se ha liberado de su carga y está en paz con Dios, el Otro y consigo mismo. Sin embargo, no creo que sea así. Cuando uno ha exteriorizado todas sus problemáticas, se encuentra con la mayor dificultad: estar consigo mismo. Por una parte, el reconocimiento de lo absurdo e insignificantes que eran dichas cargas, y por otra parte, que cuando viene esa *dianoia* (ese incómodo diálogo con uno mismo), probablemente, uno termine “dándole vueltas al asunto”, y es cuando emerge un miedo muy fuerte: el desconocimiento de sí mismo. Y eso es lo que produce la contemplación y disfrute de una composición musical: el abandono de sí mismo y la identificación (o comunicación) con la unidad, con el Todo, con la Voluntad, mismo que muchos no afrontan. El clímax de ese misterio es cuando uno deja de pensar en lo que le produce ruido, cuando la música lo transporta al silencio, al abandono de sí y con la simple contemplación, el principio de individuación se desvanece y llega a la Voluntad, a la contemplación y al disfrute —sin ninguna pretensión de explicación o de significación particular de la vida— del Todo, de la Naturaleza a la que pertenecemos.

En pocas palabras, el silencio nos permite comprender y vivenciar por algunos instantes el mundo como totalidad al que pertenecemos y acceder al misterio de lo sagrado: aquella fuerza interior que nos sostiene y que es

inexpresable la vivencia de la tranquilidad, seguridad y de reconciliación con el Todo y consigo mismo. Dicho con las palabras de Tagore, “mi corazón se mustia en silencio, y no se decir por qué. Son cosas pequeñitas que nunca pide, ni entiende, ni recuerda”⁵.

2) Sonidos de la Naturaleza

¿Cuántos de nosotros no nos hemos detenido a escuchar el trinar de los pájaros, el sonido que hacen los grillos y otros animales en el campo o en el bosque, no nos hemos deleitado ante el sonido que hace el cauce de un río o de una cascada? Contemplar el cauce de un río, acompañado de árboles y rocas es algo sublime (que no puede reducirse a la explicación kantiana de lo sublime dinámico como aquello que cimbra al sujeto). Una experiencia, una emoción y vivencia que difícilmente puede uno plasmar en el papel o transmitir mediante palabras. Los sonidos que produce son una sinfonía cuando uno ha logrado sosegar su interior y escuchar atentamente; son aterradores cuando uno asocia algún ruido con algún miedo o imagen oscura de su interior; pueden producir una alegoría tremenda o despertar en nosotros un profundo respeto por la naturaleza. Y en el momento en que nuestro ruido interior se enfrente a la sinfonía de la Naturaleza, paulatinamente llegaremos a afirmar de manera similar que Tagore, “como el anochecer entre los árboles silenciosos, mi pena, callándose, callándose, se va haciendo paz en mi corazón”⁶.

A diferencia de la música que produce el humano, en la Naturaleza no existen instrumentos, únicamente nuestro oído es el medio o receptor del lenguaje de la flora y de la fauna. ¿Esto quiere decir que un río, las olas en el mar, un pájaro, un árbol o un perro, poseen un lenguaje? No necesariamente. Si pensamos el lenguaje como un sistema de signos y significados como el que usamos los seres humanos, nunca nos daremos la oportunidad de escuchar los sonidos de la Naturaleza. Un río como el Grand Valira no se está

⁵ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 37. 16.

⁶ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 10. 13.

comunicando conmigo, ni tienen un mensaje que darme, simplemente *es*. Y ese ser que lo caracteriza se manifiesta por un fluir incesante de agua, que corre velozmente y está a una temperatura determinada, que en su cauce choca contra ciertas piedras y produce espuma, conglomeración y desviación de agua, etcétera. No se rige por voluntad o conciencia propia, sino que responde a estímulos (como podría ser cuando el hombre desvía un río para hacer un puente o una carretera, cuando se desborda por una precipitación pluvial o se seca en un alza constante de temperatura) de un devenir constante o inocente de la Naturaleza o de la Voluntad general.

El ser humano sabe la fuerza, lo benigno o traicionero que puede ser la corriente de un río, motivo por el que trata de conocerlo, estudiarlo y convivir con él. ¿Qué frutos obtenemos los seres humanos ante la contemplación de un río o de la Naturaleza? En primer lugar, los sonidos, el ímpetu de la naturaleza y los paisajes —o la vista de las flores y animales—, nos deleitan y asombran. No existen palabras para describir todos los sentimientos encontrados que produce en un hombre ver la puesta del sol, una vista de la luna o una cascada. Ante dichos paisajes, nos percatamos de lo pequeño e insignificante que somos ante la Naturaleza. Es por este motivo que, en ocasiones, la envidia del ser humano lo lleva a tratar de reproducir fidedignamente un paisaje, la *mimesis*, ya sea con la pintura o la fotografía digital, trata de poseer o utilizar lo que contempla, pues cree que debe estar a su servicio. Pero, la Naturaleza es sabia, se adapta y acopla a pesar de la perversión de determinados grupos sociales, y tarde o temprano triunfa, manifiesta su poder y su inocencia. En segundo lugar, el que contempla un arrecife, glaciar, un río o un bosque, no hace otra cosa que deleitarse de lo que observa. Quisiera fundirse en dicho panorama, ser uno con la Naturaleza, razón por la que pueden pasar minutos y horas ante la contemplación de dicho espectáculo u obra estética. Y, finalmente, el olvido o desvanecimiento de sí mismo, en el que “el sentido de la noche arde, como una lámpara inmensa, con la luz de su vía láctea”⁷. El

⁷ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 251. 46.

mismo ritmo del viento, del correr del río, contagian al espectador y le imprimen su impulso, una velocidad, pasos para seguir.

Así como el río fluye y lleva consigo lo que encuentra la corriente, el hombre, ante la contemplación estética de la naturaleza (en especial cuando ésta produce sonidos), al adentrarse paulatinamente en ella, al envolverse de los sonidos y ruidos, se percata que no son tonos sin conexión, sino que tienen una melodía, una marcha, un seguimiento... Fluyen y en ese fluir uno se olvida de sí, de los problemas que trae, de su ruido interior y llega al silencio. Es así como podremos afirmar que “el descanso de la vida rodadora está en sí propia música”⁸. Ciertamente, son breves instantes en que uno se queda anonadado, donde uno pierde a veces de vista lo que observaba y se olvida de lo que pensaba... Se percata de la majestuosidad y de lo imponente que es la Naturaleza, de lo pequeño e insignificante que somos ante ella, pero al suspender momentáneamente su individualidad se accede al mundo como Voluntad, a la esencia última de todas las cosas, lo que representa el arribo a lo sagrado, a un misterio que es indescifrable y profundamente sublime. El misterio de lo que soy como ser humano y co-partícipe y co-habitante de esta tierra, el saber que formo parte de la Naturaleza, por terrible o benigna que ésta sea.

Con todo lo anteriormente dicho, no pretendo afirmar que la escucha de un maullido de un gato o de la lluvia, me lleve a percatarme de mi finitud, de un sentimiento ecologista o de un ejercicio terapéutico o relajante, sino que es la escucha auténtica (no un simple oír, sino el escuchar con atención, con un compromiso y una apertura hacia el otro), en este caso a la Naturaleza, la que me llevará al disfrute, valoración y a la toma de una postura, una actitud ante mí mismo, a una especie de reconciliación de mi persona con lo otro, la Naturaleza, a saber y sentirme partícipe del Todo, al silencio. Éste, producido a pesar de los ruidos de la Naturaleza, me llevan a la *dianoia*, al diálogo conmigo mismo y a acceder brevemente al misterio de la existencia, no sólo a nivel personal, sino también a nivel “natural”, lo que será un misterio, algo

⁸ R. Tagore, *Pájaros perdidos...*, § 227. 43.

sagrado, un momento que por breve que sea, será imborrable e indeleble en mi vida, y que, con el paso del tiempo, la constancia y la dedicación darán sus respectivos frutos.

Bibliografía

R. Tagore, *Pájaros perdidos* (Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez. Prólogo de Ramiro Calle. Madrid: Ediciones Jaguar, 2000).

L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (Translated by B.A. Pears and Bryan Mc Guinness. 2a. reimp., London: Routledge & Kegan, 2002).